

Chela Reyes (1)

La dicha (2)



¿ESTE a Luis Emilio, en París?

Antonio, encendiendo lentamente un habano después de su acto ritual, que consistía en cortarle la punta, mojándola luego en el vasito de coñac, recibió la pregunta y alzó los ojos hacia el artesonado techo, persiguiendo el vuelo de una polilla, para luego bajarlos, posándolos en Eugenia con secreta luminosidad.

—Me alegro de que estemos solos, para poder responderte que lo ví, magnífico y feliz.

Ella rió levemente, entretenida y al mismo tiempo incrédula.

—Sí, magnífico—repitió Antonio—y su voz segura y alegre le hizo sentir a Eugenia que el adjetivo no era sólo una palabra bondadosa sino, también, verdadera; y terminando entonces de arreglar las peonías en el vaso de porcelana, se sentó junto a él, segura de escuchar algo maravilloso, pues cuando Antonio entrecerraba los ojos y pasaba lentamente sus dedos por la bar-

(1) Nació en Santiago en 1904. Ha cultivado, simultáneamente, la poesía y la prosa. Su novela «Puertas Verdes y Caminos Blancos» obtuvo el Premio «Atenea». Prepara «La dicha» (cuentos), «Tía Eulalia» (novela), «Historia de una negrita blanca», novela para niños.

(2) Inédito.

billa rubia, era señal de que una aguda emoción lo embargaba.

—Si tú lo dices—murmuró Eugenia—pero resulta tan increíble, que un ser tan derrotado, pueda haber revivido en cualquier parte del mundo.

—Pero en París, sí, querida—la voz de Antonio se tiñó de un tono cálido y turbado. Miró, entonces, a Eugenia y ésta bajó los ojos.

—Mira: tú entenderás lo que voy a decirte de él. Por lo demás, me hace falta vaciar esta emoción en alguien que tenga tu inteligencia y tu corazón.

Ella acercó la poltrona de un gastado y maravilloso terciopelo verde hacia el amplio sillón donde Antonio se reclinaba fumando, dispuesta a escuchar, y la voz de él, comenzó a elevarse en ese tono que ella adoraba, cauce puro de su inteligencia, vestigio de sueño y nostalgia.

—Era un gombre tímido, ¿lo recuerdas? De una fealdad inexpresiva en ese corpachón desgarrado y todo eso iluminado por la débil lámpara de su sonrisa desteñida.

—¡Oh, sí!, dijo ella—me parece aun oírlo reír en ese tono menudo y corto de niño triste y apocado. De repente, ¿recuerdas? como sin darle aviso, la risa lo dejaba y él se quedaba con el gesto de los labios contraídos mirando al vacío.

Antonio rió como en sordina

—Sí, ¡qué bien lo has hecho! ¿Recuerdas no sólo el desamor de Teresa, sino su despreciativa actitud e inexorable desprecio, cuando Luis Emilio se arruinó?

—Sí, dijo Eugenia—y mis primos ¡con qué amargura lo toleraban y seguían adorando a la madre y subsistiendo gracias a la caridad de los parientes! Fué cruel, sin duda, y lo más trágico era que tenía que ser así, dada la mentalidad de ellos. Perder toda esa enorme fortuna en malos negocios y malos amigos...

—Y cómo lo engañaba ella.

Tal si algo, en el aire se rompiera, así de viva fué la ras-

gadura, la voz de Antonio se quebró y entonces Eugenia, adivinando su angustia por la similitud del problema sentimental, prosiguió el desarrollo de su pensamiento con voz insegura pero valiente.

—¡Era tan vulgar! Después que él huyó a Europa con los pocos pesos que le dejara mi madre (ella lo compadecía tanto) no sé si sabes que Teresa hizo el papel de la esposa abandonada y fué de casa en casa destilando su amargura, Eugenia dilató entonces las pupilas y alzó el mentón en un gesto levemente altivo — Yo no la vi más por solidaridad con Luis Emilio. Le compadecía profundamente al sentirlo tan indefenso en su simpleza.

Mas Antonio se había introducido nuevamente a su cauce doloroso, porque la secreta herida que él mismo hizo sangrar con una sola frase, ella la había tocado en un vuelo de sabia indiferencia, ¡Cómo se lo agradecía!

—Antonio—exigió nuevamente Eugenia—cuéntame ahora de su transformación.

Y Antonio apoyó la cabeza en el respaldo del sillón para comenzar su relato:

—Mira—dijo llegaba recién a Francia, en una noche de verano, y—perdona que me ponga un poco lírico y me abandone a mis ardientes recuerdos dialogando contigo como lo hago conmigo mismo—en una noche de verano fuimos con un grupo de amigos a un pequeño cabaret en un barrio bohemio de París. Arrastrábamos con nosotros a algunas mujeres bonitas y una alegría eufórica nos inundaba. Llegamos hasta la puerta; un candil humoso oscilaba en lo alto del umbral, meciendo pequeñas sombras, y uno de nosotros dió cuatro golpes con el aldabón, que era una hermosa cara de mujer de ennegrecido bronce, sosteniendo una manzana. Junto a ella, una rejilla estrecha abrió su imprevista mirada sobre nosotros en un rayo de luz sorda, y unos ojos inteligentes contemplaron al grupo y la puerta se abrió dejándonos entrar sin más preámbulos,

Luego que hubimos cruzado el umbral, cuatro peldaños de ladrillos nos hicieron descender a un estrecho recinto envueltos en el vaho azul de los cigarrillos, entorpecidos por los enervantes olores de un público noctámbulo que bebía y bailaba apretujándose en la pasión y la brevedad del espacio. Buscamos casi ciegamente una mesa, pero pronto nuestros ojos se fueron acostumbrando a esa atmósfera, y entonces los rostros comenzaron a surgir en un aura de niebla, como grandes flores de sueño.

—¡Y esa música!... Ayer vi extrañeza en tus ojos, Eugenia, cuando repetí dos veces en la victrola ese vals pueril. ¡Lo escuché tantas veces después de esa noche! Es como la respiración en la noche de París, para mí.

—¿Dónde estaba? Ah, sí.—Entonces, querida surgió lo increíble...

—Luis Emilio, ¿no es así?—dijo apasionadamente Eugenia.

—Sí, pero no solo, querida. Junto a él, apegada a su hombro y bebiendo en su misma copa, había una mujer. Toda mi alma se concentró en ella. Un alto sombrero hecho de golondrinas blancas y un velillo moteado de negro cubrían su tibia cabellera rubia y aprisionaban un rostro menudo de admirables líneas. De súbito, alzó los brazos para sujetarse una horquilla del peinado y un busto delicado y espléndido se le perfiló, y a una frase intencionada de él, comenzó a reírse en un tono agudo y contagioso con la garganta redonda curvada hacia atrás.

Yo los miraba absorto, de tal manera embebido, que los amigos, que no eran muchos, fijaban los ojos alternativamente en mí y en ellos, hasta que en un momento casi previsto, Luis Emilio y ella volvieron los ojos hacia mí, que estaba de pie, deslumbrado. Entonces lo ví alzarse pálido, casi delirante y con un gesto lleno de desenvoltura, sortear rápidamente las pequeñas mesas, y llegar hasta mí. Yo había avanzado algunos pasos para aislarme del grupo y nos abrazamos en silencio. Lo alejé un poco para contemplarlo y aunque hacía algunos años que no le veía, lo encontré más joven. Los ojos le brillaban y

sus facciones anodinas, habitualmente contraídas, reposaban ahora defendiendo los justos límites en el rostro. ¡Y todo él respiraba un grande aire de felicidad y de discreta elegancia!

—Ven—me dijo quiero presentarte a Marcelle. Es una mujer extraordinaria y la adoro. Su voz, Eugenia, era otra.

—Ese vocabulario en boca de él, Antonio, es increíble—musitó ella, suspendida de sus palabras.

—Mas lo cierto era que yo vivía esa increíble verdad. Me adelanté entonces con él hacia la mesa donde Marcelle esperaba y besé sus dedos perfectos y saturados de un perfume íntimo.

—Marcelle—dijo ella simplemente, y sonrió con unos labios lisos y unos dientes apretados y pequeños, para luego alzar los ojos hacia él en muda interrogación.

—Luis Emilio la contemplaba con la absorción, tal vez del primer día, —¿Verdad que es maravillosa?—me dijo—pero pronto cayó en la realidad que era la del tenerme junto a él, después de tantos años de separación y entonces abrió la boca para preguntar. Mas, de súbito el pasado se alzó vivamente entre nosotros con toda su negativa tristeza y el gesto de ansiedad de Luis Emilio se trocó en una mueca triste que se rompió en el aire tenso, y sacudió la cabeza, desechando tal vez un fantasma.

Marcelle lo miró, entonces, y su aguda intuición quiso defenderlo de toda amargura y dijo, —¿Tu amigo es de Chile? ¿Viene de allá? Es un país lindo, así me lo has dicho—y fijó sus ojos apasionados en él. Este buscó entonces, el calor de ese brazo que se le ofrecía y me miró largamente con unos ojos húmedos y altivos—¡es hermosa! ¿no es verdad? ¡Y me hace tan feliz!

Y Marcelle reía dulcemente por todo comentario, cuando yo pedí una botella de Veuve-Cliquot. Cuando llegó el champagne, ella se alzó el velillo y pude sufrir el brillo de sus pupilas azules y el resplandor de su tez pálida. Sí, era muy hermosa Eugenia, y su charla intencionada encendía las palabras de

calidez y dulzura. Sentía la sensación incomparable, al oírla, de palpar en mi mano el plumón tembloroso y tibio de una paloma salvaje.

Las horas pasaban lentas y el licor corría por nuestras venas en sabia euforia y cuando mis compañeros se levantaron y desde lejos me hicieron un gesto amistoso de despedida, nosotros también acordamos irnos.

Afuera, la noche abría sus ramos de luces, nos subimos a un pequeño simón y nos fuimos por las avenidas, adormecidos por el trotecillo del caballo y el tenue rasgueo de la fusta que en manos del cochero se encrespaba de cuando en cuando en el aire luminoso.

Era tan poderoso el ensueño de Luis Emilio junto a esa mujer, tan viva la sensación de futuro en esa mirada alegre y segura, que, créeme, Eugenia, mi pasado, tan lleno también de tristeza, se iba borrando y una lenta zozobra comenzó a inquietarme. Esperaba, no sé qué cosa, pero esperaba...

Llegamos a la puerta de un gran edificio de departamentos, descendimos del cochecillo y Luis Emilio me dijo: —Subiré a dejar a Marcelle y luego saldremos a caminar juntos. Hay tanto que conversar. Marcelle, entonces, me alargó su lánguida mano pidiéndome volviera al día siguiente a almorzar con ellos; se alzó la cola del vestido, y lo último que ví fué su perfil gracioso y la luz del farol atravesando el blanco plumaje del sombrero.

Eugenia lo escuchaba en un silencio doloroso, mientras su corazón latía golpeando secamente.

Antonio hizo una pausa y apagando el resto del cigarro en el cenicero, tosió para ocultar su inconfesada emoción y prosiguió:

—A los pocos minutos volvió Luis Emilio y cogiéndose de mi brazo me arrastró ansiosamente por las calles de París. Caminamos algunos minutos en silencio. Algo nos unía en esa noche para siempre. Es que él estaba en la verdad y yo, oscura-

mente, iba hacia su encuentro. — Antonjo, he comenzado a vivir de nuevo. Su voz se iba afirmando segura de la complacencia de mi espíritu.

— Me vine a Europa en una especie de fuga de la vida, dispuesto a desaparecer, a echarme por la borda del vapor que me conducía o a morir de cualquier manera. No quería perjudicar a los demás volviendo a ese medio que tú conoces. Pero la vida es más fuerte que las convicciones, Antonio. Estuve más o menos un año viviendo alocadamente, tristemente, pero las mujeres francesas son maravillosas...

Junto a mí, Eugenia, caminaba un hombre con la cabeza descubierta y las pupilas llenas de luz, cuya voz, de cálida sonoridad, se alzaba en una tenue resonancia de pasado, pero sin tristeza. Y Luis Emilio continuó: — Yo que venía repudiado por mi mujer, por mis hijos y una sociedad a la que nunca pude entender, y la que tampoco me comprendió, encontrarme de improviso en esta ciudad que te calienta las venas como en tibios vinos y te rodea y penetra de la profunda armonía de su vida. Suavemente, sedosamente, las redes imprevistas de sus mágicas calles te cogen y siempre te conducen a sus vértices de incomparable belleza.

Eugenia, a través de Antonio, sentía crecer a Luis Emilio y buscaba en sus recuerdos, ya un poco borrosos, algún rasgo que uniera a este poeta con el ser insignificante que conociera. Su pasmado corazón se abría al tono confidencial de Antonio, en una ansia desconocida. Este proseguía su relato, como soñámbulo:

— Luis Emilio, excitadamente, prosiguió; — ¡Y las mujeres! Yo les huía al comienzo como a un mal desconocido, gracias a la lección de toda una existencia de inhibiciones, pero un buen día, pasando por un boulevard, una mujercita me pidió que le tuviese por un momento su caja de sombreros, alzó el pie sobre un peldaño de la escalera junto a la cual me sorprendió y alzándose provocativamente la falda, se ajustó una liga floja en la

maravillosa pantorrilla cubierta por una malla de transparente negrura. Créeme, Antonio: sentí como si el suelo se fuera deshaciendo, pero ella se volvió sonriente, tomó la caja y se cogió de mi brazo y sin que yo pudiera articular una sola palabra, me dijo: —Es usted encantador, querido—. Entonces la invité a un café y más tarde, muy tarde, comenzamos a vivir unos días juntos, de agudo placer.

—Después vinieron otras y otras. Vivía sumergido en un semi sueño, gozando del pleno despertar de mis sentidos, en la íntima convivencia de mujeres, con esa hermosura insinuante de la verdadera sensualidad. Pero hace un año, hoy día, conocí a Marcelle y un amor completo nos ha unido.

Luis Emilio volteó la cabeza hacia mí y ví el resplandor de sus pupilas interrogando: —Ella también me quiere, lo sé, dijo.

A la pálida luz de los faroles lo contemplé. Había cambiado mucho: no era precisamente hermoso aún, pero se mantenía esbelto y erguido, y los ojos y los cabellos le brillaban. Una discreta elegancia en el vestir le mantenía lleno de interés..

—Quiero que sientas que soy un hombre feliz —dijo Luis Emilio— para Marcelle soy un ser extraordinario, su Rey, como ella me dice.

No sé si esta confianza pueril o ese inconfesable movimiento de herir, me hizo decirle, sin pensar estas palabras: —¿No quieres saber de los tuyos? ¿No volverías? Entonces me miró en una forma extraordinaria como si toda la sabiduría del mundo se hubiese concentrado en sus pupilas videntes: —No —me dijo—. Allá viví muerto; aquí he resucitado y he conocido por fin la dicha.

—¡La dicha! Eugenia dijo esa frase casi llorando y Antonio se quedó mirándola sorprendido. Por suerte para ella, un galope lejano hizo saber a Antonio que la familia se acercaba a las casas. Con voz apresurada terminó:

—Esa fué la primera y única noche que pasé con Luis Emilio en París. Una casualidad puso en su camino nueva-

mente un trozo del pasado. Más tarde, tal vez, habrá recordado esas horas como se rememora un sueño triste y alegre.

Antonio tomó las manos de Eugenia y con voz suplicante le dijo:

—¿Sería pedirte demasiado que no cuentes esta historia a nadie?

Eugenia alzó hacia él su mirada llëna de amor:

—No—dijo—sería como desnudar un alma. Es tan hermosa y tan extraña.